

Enfocándose en los Judíos

Desde el principio, Adolf Hitler y sus copartidarios nazis estaban decididos a resolver la llamada “cuestión judía”. En palabras de Hitler, los líderes nazis debían traerla a colación “una y otra vez, incesantemente. Cada aversión emocional, aunque fuera mínima, debía ser explotada sin compasión”. Julius Streicher, el editor de un periódico antisemita conocido como *Der Stürmer* (que significa “atacante”), marcó el camino al crear esa clase de propaganda, argumentando:

Los mismos judíos que metieron de lleno al pueblo alemán en la carnicería de la Guerra Mundial, y quienes perpetraron durante la misma la Revolución de Noviembre [República de Weimar], ahora están dedicados a apuñalar a Alemania, que se recupera de su vergüenza y miseria... De nuevo, el pueblo judío está dedicado a envenenar la opinión pública.¹

La propaganda no fue la única arma que usaron los nazis contra los judíos; también contaban con el terror. El 9 de marzo de 1933, pocos días después de las elecciones, las tropas de asalto de las SA nazis en Berlín encarcelaron docenas de judíos inmigrantes de Europa Oriental. En Breslavia, atacaron a los abogados y jueces judíos. El 13 de marzo, en Mannheim, obligaron a los comerciantes judíos a cerrar sus negocios. En otros pueblos, irrumpieron en los hogares judíos y golpearon a las personas que vivían allí.

Aunque estos eventos rara vez se denunciaban en la prensa alemana, la prensa extranjera escribía al respecto con frecuencia. En los Estados Unidos, muchos judíos y no judíos se sentían indignados por la violencia. Algunos hacían llamados para boicotear los bienes alemanes. Su arrebató les dio la excusa a los nazis para emprender una “acción defensiva contra el delincuente mundial judío” el 1.º de abril de 1933.

Dicha medida—el boicot a los negocios de judíos—fue el primer evento público grave que se enfocaba solo en los judíos, no por ser comunistas ni socialdemócratas sino por ser judíos. No fue un éxito rotundo. En algunos lugares, los alemanes evidenciaron su desaprobación del boicot insistiendo en comprar en negocios de judíos el 1.º de abril.

¹ Citado por Nora Levin en *The Holocaust: The Destruction of European Jewry 1933–1945* (Nueva York: Schocken, 1973), 46.

Incluso en lugares donde el boicot se dio como estaba planeado, los nazis rápidamente descubrieron que no siempre era fácil decidir si un negocio era propiedad de judíos. No había una definición jurídica para saber quién era judío y quién no. Además, muchos judíos tenían socios que no eran judíos y, casi todos, tenían empleados que no eran judíos. ¿Esos negocios también fueron cerrados? Por ejemplo, Tietz, una cadena de almacenes en Berlín de propietarios judíos, tenía más de 14,000 empleados, casi ninguno era judío. En una época en la que el desempleo era alto y la economía frágil, ¿los nazis realmente querían dejar a esos empleados sin un trabajo? Finalmente, los nazis le permitieron a Tietz permanecer abierto, por lo menos por un tiempo. Unos años más tarde, obligaron a los propietarios a entregar sus almacenes a comerciantes "arios".

No obstante, el boicot tuvo éxito en una de sus metas: aterrorizó a los judíos de toda Alemania. Edwin Landau describió cómo se vivía esta situación en su pueblo, en el oeste de Prusia. El viernes anterior al boicot, recuerda: "uno veía a las SA [tropas de asalto] marchando por la ciudad con sus estandartes: 'Los judíos son nuestra desgracia'. 'Contra la propaganda de atrocidades judías en el extranjero'". Además, escribió sobre el día del boicot:

Cogí mis condecoraciones de guerra, me las puse, salí a la calle y visité negocios de judíos, donde, inicialmente, me detuvieron. Pero, por dentro, estaba furioso y, sobre todo, me hubiera gustado gritar mi odio en las caras de los bárbaros. Odio, odio, ¿cuándo se había vuelto una parte de mí? Hacía apenas unas horas se había producido un cambio dentro de mí. Esta tierra y esta gente que, hasta este momento había querido y apreciado, de pronto, se había convertido en mi enemiga. Entonces, ya no era un alemán, o ya no se suponía que fuera uno. Eso, por supuesto, no puede resolverse en unas pocas horas. Sin embargo, hubo algo que sentí de inmediato: me sentí avergonzado de haber pertenecido a este pueblo alguna vez; me sentí avergonzado por la confianza que alguna vez les había dado a tantos que ahora se habían declarado en mi contra. De repente, la calle también me parecía extraña; de hecho, todo el pueblo se había vuelto ajeno para mí. No existen palabras para describir las sensaciones que experimenté durante esas horas. Al llegar a casa, me acerqué a un guardia a quien conocía y quien me conocía, y le dije: "Cuando usted aún estaba en pañales, yo ya estaba luchando allá afuera por nuestro país". Respondió: "No debería reprocharme por ser joven, señor... Me ordenaron pararme aquí". Miré ese rostro joven y pensé: tiene razón. ¡Pobre y equivocada juventud!²

² Edwin Landau, *My Life before and after Hitler*, en *Jewish Life in Germany: Memoirs from Three Centuries*, ed. Monika Richarz, traducido al inglés por Stella P. Rosenfeld y Sidney Rosenfeld (Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1991), 310-12.